38

UN ARTÍCULO DEL CÓDIGO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ANTONIO ZAMORA.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

UN ARTÍCULO DEL CÓDIGO.

638:4

UN ARTÍCULO DEL CÓDIGO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

2

POR

DON ANTONIO ZAMORA.

le d. 1728?

Dr

Representado en el teatro de la Zarzuela el dia 5 de Noviembre de 1868.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA ESTEVE.....	Doña Cándida Dardalla.
CAMILA GUY.....	Gertrudis Castro.
MAGDALENA.....	Felipa Orgaz.
EL VIZCONDE DE SAN ALBERTO.....	Don Victorino Tamayo.
EL CONDE.....	José Izquierdo.
MR. AVERTIN.....	Emilio Mario.
LUIS BRESSANT.....	Alfredo Maza.
CABAÑOL.....	José Alisedo.
ROLANDO.....	Eduardo Maza.
UN NOTARIO.....	Manuel Gonzalez.
UN OFICIAL.....	N. Martin.
UN CRIADO.....	N. Ortiz.
UN MOZO DE FONDA....	N. Recio.

Oficiales de acompañamiento, dos criados y dos agentes de policía.

La accion del drama se supone en nuestros dias: el primer acto en Versalles; el segundo en la Lorena, y el tercero en Paris.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literarias

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR CONDE DE TORREJON.

Á V., el más bondadoso de mis amigos, le ofrezco este insignificante trabajo; acéptele, no por bueno, sino por ser el primero de su mejor amigo

A. Zamora.

ACTO PRIMERO.

Salon elegantemente amueblado: puerta al fondo y laterales. Chimenea en un lienzo de pared, en otro piano. Al levantarse el telon todos los personajes están sentados alrededor de una mesa ricamente servida: los criados, con librea, conducen en botelleros vino de Champagne.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, CABAÑOL, ROLANDO y OFICIALES. Á su tiempo dos criados con botellas.

CAB. Compañeros, alerta; veo avanzar hácia nosotros una batería enemiga, y es preciso batirla en regla como bravos militares. Alerta, que la tenemos encima. Ya está aquí.

CRIADO. El Champagne.

TODOS. Viva, viva!

CAB. Viva y reviva, para que haga revivir en nosotros el buen humor y la alegría que ha reinado en este inolvidable banquete.

TODOS. Cierto, inolvidable.

CAB. (Levantándose y con una copa en la mano.) Señores, desearia poseer la elocuencia de Ciceron para deciros las be-

llas cualidades que como militar y caballero distinguen á nuestro anfitrion; pero como todos le conocemos igualmente, dejo de hablar de él.—No obstante, quiero darle un voto de gracias por los esquisitos manjares que nos ha ofrecido; por los viejos y aromáticos vinos, que hace un momento fomentaban alegres en esas cristalinas copas y ahora invisibles, pero más alegres aún, fermentan en nuestras cabezas. Réstame sólo pediros, que unais vuestros votos al mio, para que no se haga esperar mucho tiempo la segunda edicion, con la diferencia de que si hoy nos reunimos aquí para celebrar á un tiempo su marcha al ejército de Argelia y su grado de capitan, el otro sea por su feliz regreso y con el empleo de coronel.—Brindo por el mejor de los amigos, por el bravo entre los bravos, por el vizconde de San Alberto.

CARLOS. (Este brindis me va á costar el dinero.)

ROL. Por su pronto regreso.

UN OFIC. Por su nuevo empleo.

TODOS. Por el vizconde de San Alberto.

CARLOS. Señores, yo soy el que debe dar á ustedes gracias por sus cariñosas pruebas de amistad y por haberme acompañado hasta el momento de mi partida, que será dentro de algunas horas, para reunirme con nuestros compañeros del ejército de Argelia. Brindemos, no por mí, sino por ellos, por nuestra patria, porque el sol de la victoria corone siempre nuestras batallas.

TODOS. Bravo! por la gloria de Francia!

CAB. Yo, señores, brindo por la paz!... me es más simpática que la guerra, y tambien á vosotros...

ROL. (Interrumpiéndole.) Calla, que vas á añadir alguna inconveniencia más á las que ya has dicho durante la comida.

CAB. Te ha puesto intransigente el Burdeos, ó me guardas rencor por mi buena suerte en el juego.

ROL. No es eso. Aquí hemos venido á divertirnos, pero no á disgustar á nadie. Tú has vestido un uniforme; y esas

bromas sobre la guerra ó la paz, ni á tí te honran, ni nosotros debemos permitírtelas. Tú has dejado el servicio, has hecho bien, por eso amas la paz; nosotros tambien la amamos, pero no por eso nos asusta la guerra.

CAB. Te ofendes sin razon, Rolando; pero á tí hay que disculparte esos arranques de furia, porque te crees obligado por tu nombre á estar siempre furioso. Lo que á tí te incomoda no son las palabras que he dicho, sino lo que ántes te he hecho. Es natural; te he ganado el dinero jugando y me he quedado con él de veras.

TODOS. Já!... já!...

CAB. Y si me quieres probar que no es esa la causa, vamos al otro salon, donde nos espera el café y el bacarat.—Muchacho, está servido el café?

CRIADO. Sí, señor.

CAB. Rolando, qué dices?

ROL. Que me alegro mucho que mi dinero te ponga de tan buen humor.

CAB. Aceptas la partida?

ROL. Como quieras.

CAB. Señores, al salon.—Oye, Cárlos; ¿qué le pasa á ese esta tarde?

CARLOS. Nada; ya sabes que es muy delicado.

CAB. Yo lo soy tanto como él; pero por no darte un disgusto he echado á broma sus palabras.

CARLOS. Te lo agradezco.

CAB. ¿Tienes cincuenta luises que prestarme? mañana te los devolveré.

CARLOS. Toma. (Dándole un billete de banco que saca de su cartera.)

CAB. Déjame ciento; estos cincuenta te los daré luego.

CARLOS. Bien. (Ya dije que el brindis me saldria caro.)

CAB. Conque vamos?

ROL. Ahora voy: empezad.

ESCENA II.

CÁRLOS, ROLANDO.

ROL. ¿Cómo recibes en tu casa á este truhan?

CARLOS. Pobrecillo!... es un aturdido.

ROL. Créeme: es un bribon. Empezó por derrochar su patrimonio en el juego. Seguro estoy que acaba de pedirte dinero prestado para jugar... mañana robará. No ha hecho más que una cosa buena en su vida; pedir su licencia absoluta... Bien es verdad que á no hacerlo, se la hubieran dado sin pedirla. Pero hablemos de tí; me indicaste que querias pedirme un favor... Manda.

CARLOS. Gracias! Ya que tú te quedas en Francia, deseo confiar á tu cuidado un objeto muy querido para mí, que con gran pesar mio no puedo llevarme á África. Sé que le cuidarás como yo mismo.

ROL. La más ligera duda de tu parte me ofenderia.

CARLOS. Escucha. Yo tengo una hija.

ROL. Tú?

CARLOS. Ese es el tesoro que quiero confiar á tu cuidado.

ROL. Bien. ¿Qué edad tiene?

CARLOS. Un año.

ROL. Y en qué puedo ser útil á esa niña?

CARLOS. Si yo muriere en África...

ROL. Tienes razon. Me encargaré de ella... otra cosa mejor: tengo una tia, ya de edad avanzada, que habita una casa de campo en los alrededores de Paris, que delira por los pequeñitos... ella se encargará de educarla hasta tu regreso.

CARLOS. Mi vida es poco para pagarte lo que vas á hacer por mí.

ROL. Omite demostraciones... ¿Acaso tú no harias lo mismo?

CARLOS. Sí!... Aquí tienes mi testamento, en el cual, caso de morir, nombro á mi hija heredera universal de todos los bienes que hoy poseo: estos son todos los que me

legó á su fallecimiento mi llorada madre.

ROL. No dejas nada para la de la niña?

CARLOS. No necesita de mí.

ROL. Es alguna señora de posicion?

CARLOS. No.

ROL. Alguna mujer de mundo?

CARLOS. Tampoco: es una jóven florista que vive en Paris.

ROL. Tal vez habrás sido tú su primer amor?

CARLOS. Creo... que sí.

ROL. Y cómo no te has casado con ella?

CARLOS. Mi padre me ha negado su consentimiento.

ROL. Perdóname que te diga, que si ella es digna de tí, podrias haber prescindido...

CARLOS. Sabes que venero en mi padre... hasta las preocupaciones... mi inobediencia le causaria un pesar eterno... Soy hijo único; el pobre anciano quizá no hubiera sobrevivido á este golpe... y he preferido esperar y convencerle poco á poco.

ROL. En ese caso habrás reconocido á tu hija?

CARLOS. No.

ROL. Me sorprende esto en un hombre como tú!... ¿Tienes algo que reconvenir á la madre?

CARLOS. Nada! Pero mi padre la acusa de su falta, y sus reflexiones...

ROL. Cárlos, esa no es disculpa suficiente para negar tu nombre á esa niña! La dejas dinero, es cierto... pero ante la sociedad le hará más falta un nombre.

CARLOS. Tú no conoces la ley; con muy buena intencion sin duda, favorece al padre, para no reconocer los hijos de amores clandestinos. Yo puedo dejar toda mi fortuna á esa niña que no tiene padres conocidos, pero si la reconozco como hija, no tiene derecho á heredar más que una parte de ella. Los bienes que me legó mi madre no producen más que diez mil francos de renta... ¿Cómo quieres que viva mi hija á su mayor edad con dos mil quinientos francos al año?

ROL. No te falta razon.

CARLOS. Ademas, para reconocer á la hija necesito la aprobacion de la madre, y por consiguiente obligo á esa pobre muchacha á pasar por la vergüenza de publicar su falta. Ella es de familia humilde, pero honrada; de modo que al honrar á la hija con mi nombre mancharia el suyo para siempre.

ROL. En ese caso, ¿cómo está bautizada esa niña?

CARLOS. Bajo el nombre de María Eteniet, hija de padres desconocidos. El dia que me case con Camila la legitimo. Hasta entónces quiero hacer por ellas todo lo que pueda. Por si mi muerte impidiera la realizacion de mi deseo, incluyo en este testamento una carta para mi padre. Lo que se niega á un vivo se concede á un muerto. Le pido que reconozca á mi hija y la dé su nombre... le conozco y sé que lo hará! Hasta entónces, tú, ó tu buena tia, tendreis á vuestro lado á mi desgraciada hija. El padre os pagará este beneficio con su eterna gratitud.

ROL. No hablemos más. Vete tranquilo!... tu hija estará tan considerada y tan querida por nosotros, como por tí mismo; te lo juro por mi honor!

ESCENA III.

DICHOS, CABAÑOL.

CAB. Rolando, te has muerto? hace media hora que te estamos esperando. Oyes el armonioso ruido de los luises, y no acudes al reclamo?

ROL. Allá voy: estaba dando á Cárlos algunos encargos para un compañero. Echad dos ó tres juegos, que voy al momento.

CAB. Quiero darte la revancha para que no digas luego que no me porto bien. Chico, aún no puedo devolverte aquellos luises, porque no he visto luz; pero ahora se empezaba á dar juego. ¿Quieres que echemos una vaca de cien francos? Dame un billete y te le doy tres golpes.

CARLOS. Toma. ¿Quieres más?
CAB. No; generoso amigo.—Que te espero.

ESCENA IV.

CÁRLOS, ROLANDO.

ROL. Ahora comprendo por qué toleras tanta impertinencia á ese buena alhaja. Seguro estoy que este te ha servido en tus amores!
CARLOS. Qué quieres? cuando se emprenden ciertas cosas desusadas, es preciso valerse de gentes así. El dia que nació mi hija necesitaba de una persona, que sin ser sospechosa en la casa, llevara á un médico que dijera á su familia lo que nos convenia; que sustrajera á la niña, la inscribiese en la parroquia, y este fué el que me proporcionó todo lo que yo necesitaba y me sacó de aquel compromiso.

ESCENA V.

DICHOS, UN CRIADO, que aparece en la puerta del fondo.

CARLOS. Qué ocurre? (Al criado.)
CRIADO. Una señora que desea hablar con el señor vizconde.
CARLOS. No ha dicho su nombre?
CRIADO. No señor, se lo he preguntado y dice que únicamente se lo dirá al señor vizconde.
CARLOS. Que pase. (Váse el criado.)
ROL. Te dejo... despues ultimaremos nuestro negocio. Ah! cuidado con otro nuevo compromiso.
CARLOS. Descuida.

ESCENA VI.

CÁRLOS, CAMILA, precedida del Criado. Trae echado el velo sobre la cara el cual se levanta cuando aquel desaparece.

CARLOS. Camila, tú aquí? Qué locura es esta?

CAM. No temas nada. Me han dejado sola en mi casa, puedo disponer de toda la tarde, volverme á Paris en el tren de las siete y no notarán mi ausencia. Queria verte, queria volver á darte mi último adios quizá... no es hoy el último dia que estais en Francia?... Lejos de ser esto una locura, yo lo encuentro muy natural. Si tú me quisieras como yo á tí, no calificarias así esta prueba de cariño.

CARLOS. Sí: mas tú ignoras que esta casa está llena de amigos mios que pueden verte, que acaso te conozcan... y si esto sucediera podria comprometer tu reputacion.

CAM. Mi visita te incomoda, lo veo! y de una manera indirecta me echas de tu casa!...

CARLOS. No digas eso, porque me calumnias! No quiero que vean en mi casa y á solas conmigo una mujer jóven y bella, y á quien podrian tomar por...

CAM. Por tu amada, no es cierto?...

CARLOS. Sí, y yo deseo que cuando te vean á mi lado miren en tí lo que eres, mi mujer!

CAM. No sé cómo agradecerte tu buen deseo. Pero desde cuándo piensas así?

CARLOS. Siempre he pensado lo mismo; te lo he prometido...

CAM. Como te marchabas mañana á Argelia y no me has querido decir el dia fijo de tu partida, sin duda por olvido, tenia derecho á creer que tambien te se hubiera olvidado tu promesa.

CARLOS. Vuelvo á repetirte que no falto jamás á mi palabra, y espero convencerte; pero, por el cariño de nuestra hija, te suplico que tengas paciencia hasta mi regreso.

CAM. Hasta tu regreso!... Y si desgraciadamente no volvieras?... qué seria de mí, sola en el mundo, sin fortuna, sin posicion, y con una hija... á quien ni aun has querido reconocer!... porque... no la quieres tampoco!

CARLOS. ¡Que no quiero á mi hija?... Tú si que no debes quererla mucho cuando no has ido á vérla ni una sóla vez á casa de su nodriza.

CAM. Y quién tiene la culpa? Ponme en posicion de poderla

amar delante de todo el mundo, de llamarla hija mia, y verás si la quiero como todas las madres quieren á sus hijos. Pero entre tanto, tú me exiges que me oculte para dar un beso á mi hija, como si esto fuera un crímen; que no exponga mi reputacion inútilmente... ¿qué he de hacer?... privarme de mi natural deseo por complacerte á tí!

CARLOS. Todo cuanto te aconsejo es por tu bien. Si por causas que no está en mi mano evitar no puedo darte á tí y á mi hija el nombre que os pertenece ántes de mi muerte... entónces vuestra posicion quedaria asegurada y de una manera digna é independiente.

CAM. Gracias á Dios que alguna vez has pensado algo provechoso.

CARLOS. Qué lenguaje es ese?

CAM. El que conviene á una mujer cansada de sufrir las contrariedades del matrimonio, sin haber gozado de sus beneficios. Conque es decir que ni una esperanza puedes darme en pago del inmenso cariño que te he consagrado? Sólo la muerte puede mejorar mi posicion!... Y crees que entónces querria yo nada?... Y para qué lo necesitaba yo si te perdia?—Acabemos de una vez, Cárlos, y resuélvete á tomar uno de los dos partidos que únicamente se pueden proponer á una mujer, á quien la desgracia coloca en mi posicion. Soy tu mujer? Sí? Pues dame tu nombre, llévame ante tu familia, preséntame ante la sociedad... No lo soy? Quieres que sea tu amante? Dame entónces lo que se da á esas mujeres.—Elige!

CARLOS. Me sorprende y te disculpo; porque esos pensamientos no son tuyos, sino de algunas personas que te quieren mal y te aconsejan peor. Abandona esa manera de pensar y confia en mí.

CAM. No quiero ocultarte mi pensamiento... dudo de tí!

CARLOS. Yo te juro por mi honor que serás mi mujer!

CAM. No me jures nada; muchas veces lo has hecho inútilmente. Demasiado sé, por desgracia, quién soy y quién

eres tú. Crees que yo aceptaria un matrimonio propuesto por tí en un momento de pasiou? No; Cárlos de Esteve, vizconde de San Alberto, capitan de coraceros, dar su mano á Camila Guy, oficiala de un taller de florista, es una locura!—En este momento me ofreces tu nombre con sinceridad, con gusto... pero algun dia, quizá no muy lejano, te arrepentirias de haberlo hecho, porque tu aristocrática familia, tus amigos, te recordarian la humildad de mi nacimiento. Y entónces ¿qué seria de mí? pasaria una vida de dolor, de lágrimas!... esto me recordaria más y más mi primera falta, que me habia conducido á aceptar un rango que no me pertenecia... y al verte quizá arrepentido de haberme dado tu nombre, yo no tendria valor para soportar tus recriminaciones. Cárlos, coloquémonos en una posicion franca, desembarazada; rompamos para siempre nuestras relaciones y como si nunca nos hubiéramos visto!...

CARLOS. Todo ménos eso.

CAM. No nos separamos hoy!...

CARLOS. Para siempre no: yo volveré.

CAM. Quién sabe!...

CARLOS. Tú no me amas, Camila, cuando así piensas!... tú no me has amado nunca.

CAM. Tienes razon, Cárlos, para dudar de mí! Piensa lo que quieras; pero yo necesito tener valor y le tendré! Decídete á unirte á mí ántes de marchar á África, ó abandóname para siempre y á mi hija tambien.

CARLOS. Y qué ganariais esa pobre niña y tú si yo aceptára esa proposicion? Déjame al ménos que asegure en lo posible el porvenir de mi hija.

CAM. Conque tú quieres que ya que te pierdo renuncie tambien á mi hija; á mi hija, por quien he perdido mi honor, mi vida... porque algun dia se descubrirá mi crímen; y mi familia, el mundo, me arrojarán al rostro mi falta!—Pero á tí qué te importa? tú habrás dado á mi hija unos cuantos miles de francos y ya es bastan-

te!... el dinero lo arregla todo; pero no por eso librarás á tu hija de que el mundo la señale como una hija natural; de que la sociedad no la admita nunca al lado de las hijas que tienen un nombre. No la librarás de que algun dia, viéndose despreciada de todos, y sin culpa alguna de su parte, maldiga hasta de aquellos en tan mal hora la dieron el ser!... Esto seria horroroso, pero á tí, qué te importa?... mientras esto suceda, tú vivirás considerado, respetado, con un nombre ilustre que te servirá para engañar á los hombres, pero no á Dios!

CARLOS. Tienes razon; yo debo evitar que mi hija conozca por mi culpa las amarguras de la vida. Mil veces me he dicho lo que tú acabas de decir. No más vacilaciones; en este instante mismo voy á escribir al ministro de la Guerra, para que detenga mi marcha por unos cuantos dias. Tambien escribiré á mi padre diciéndole mi resolucion irrevocable, y ántes de marchar á África, María será mi hija legítima ante el mundo entero y tú serás mi mujer. Dudarás aún de mi cariño?

CAM. Cárlos mio!... mi vida entera no basta á pagarte lo que haces por esta pobre madre.

ESCENA VII.

DICHOS, CABAÑOL.

CAB. Pero es que no piensas venir en toda la tarde?... Ah! Camila!

CARLOS. Sí. Hazme el favor de acompañarla un momento, ínterin tomo el gaban y el sombrero, para llevarla hasta la estacion: tú, miéntras tanto, te quedarás en casa, porque no quiero que noten mi ausencia nuestros amigos. (Váse.)

CAB. Lo que quieras.

ESCENA VIII.

CAMILA, CABAÑOL.

CAB. Qué hay?

CAM. Al fin consiente en casarse conmigo.

CAB. ¿Y cuándo cumple su promesa?

CAM. Antes de ocho dias. Va á escribir al ministro para que detenga su marcha.

CAB. ¿Y le has creido despues de haberte faltado tantas veces?

CAM. Te respondo que ahora me cumple su palabra. No lo dudes.

CAB. Dios lo quiera.

CAM. Cabañol, lo que yo hago con él es una infamia.

CAB. No lo creas; paga el haberte engañado. Qué ménos puede hacer que reparar su falta, dándote una posicion y un nombre? Luego, él se marcha á la guerra de Argelia y quién sabe si volverá?

CAM. Tus palabras me infunden miedo!

CAB. Mis palabras son las de un hombre que te quiere mucho, que conoce el mundo, y pretende asegurar tu porvenir. Disimula; álguien se acerca.

ESCENA IX.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Dispense usted, caballero: el señor vizconde de San Alberto, está en casa?

CAB. No puedo decir á usted; pero los criados sabrán.

CONDE. Me han dicho que por aquí le encontraria, y no le veo por ninguna parte.

CAB. Tal vez esté en su despacho.

CONDE. Podria usted indicármelo, si conoce la casa, ó tomarse la molestia de decirle que desea hablarle un caballero de parte del señor ministro de la Guerra, para enterarle de un asunto que le interesa?

CAB. Con mucho gusto. (Qué será?)

ESCENA X.

CAMILA, el CONDE.

CONDE. Á usted, señora, era á quien queria hablar... y buscaba una ocasion oportuna para hacerlo, cuando hoy usted misma me la ha proporcionado, dirigiéndose desde París á este sitio, ciertamente el más á propósito para ambos. Debo, pues, á la casualidad tal vez, lo que hace algun tiempo habia buscado en vano, porque supongo que usted es Camila Guy.

CAM. Sí, señor.

CONDE. La amada del señor vizconde de San Alberto.

CAM. Caballero!

CONDE. La madre de una niña llamada María Eteniet, de un año de edad, y la que está á cargo de una nodriza en Montmorenci.

CAM. Esa niña, cuyas circunstancias tambien usted conoce, es hija del vizconde de San Alberto.

CONDE. No extrañe usted que la conozca tambien, porque soy el padre del señor vizconde.

CAM. Usted!...

CONDE. Sí, señora; yo... Y deseo saber bajo qué condiciones marcharia usted y esa niña á donde mi hijo no vuelva á verlas más. Si como espero son razonables, quedaré á usted muy agradecido, á pesar de su conducta pasada.

CAM. Usted me ofende, y yo se lo disculpo; porque respeto en usted al padre del hombre á quien amo. No necesito hoy nada, porque Cárlos me ha jurado por su honor que seré su mujer, y nada hay bastante que pueda compensarme esta satisfaccion.

CONDE. Es esa su última resolucion?

CAM. Sí, señor.

CONDE. Está muy bien.

ESCENA XI.

DICHOS, CÁRLOS, CABAÑOL.

CARLOS. Mi padre!

CONDE. Buenas tardes, hijo mio... Te sorprende mi visita, no es cierto? Hay, sin embargo, una grave razon para presentarme en tu casa y turbar con mi presencia la alegre comida que das á tus compañeros... (Cabañol se va á retirar.) No se retire usted: tal vez su presencia nos sea útil. Cerraré estas puertas, porque no deben enterarse más personas de nuestra conversacion, que las que estamos aquí.—Precisamente los tres hemos sido militares... mi hijo aún lo es... Yo he dejado de serlo á la edad en que es forzoso retirarse... Y usted ya no lo es... por yo no sé qué cosa... En su consecuencia, como militares, sabemos bien cómo deben tratarse las cuestiones de honra.—¿Es verdad que tú has dado á esta señora tu palabra de honor de casarte con ella, con mi consentimiento ó sin él?

CARLOS. Padre mio!...

CONDE. Sí ó no.

CARLOS. Sí, señor.

CONDE. Quien viste el honroso uniforme de la milicia no debe mancharse con una mentira indigna.—Cásate enhorabuena.

CARLOS. Consiente usted, padre mio?

CONDE. Sí; sólo deseo advertirte, que al dar tu nombre y el de tu santa madre á esa señora, ¡se lo das á la querida de este hombre!

CAB. Caballero!...

CONDE. Qué se le ofrece á usted?... La verdad sólo tiene un lenguaje. Aquí están las pruebas de mis palabras... ahí tienes la correspondencia sostenida por estos señores desde hace un año: su criado me la ha vendido si aún lo dudas, lee! (Entregándole un paquete de cartas.)

CARLOS. Conque me *engañabas*, villano?—Y *tú*...

CAB. Repórtese usted.—Estoy á su disposicon.—Señora... mi brazo.

CARLOS. Dios mio! Dios mio!

CONDE. Valor, hijo mio! aún te queda el cariño de tu anciano padre.

CARLOS. Perdon, padre mio, perdon! (Cae arrodillado á los piés del Conde.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado lujosamente. Al foro jardin.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, MAGDALENA.

CONDE. Conque Sofía ha estado llorando gran parte de la noche... Y cuál puede ser la causa de esa tristeza?

MAGD. Lo ignoro, señor Conde; no me he atrevido á preguntar á la señorita hasta consultar á vuecencia. Ademas, la señorita no me quiere gran cosa para confiarme sus secretos, si es que tiene alguno.

CONDE. Magdalena, me parece se equivoca usted. Sofía la quiere, y seria una ingrata en no hacerlo, despues de las infinitas pruebas de cariño que de usted ha recibido en los diez años que lleva usted á su lado; pruebas que no sólo agradece la hija, sino tambien su abuelo, de quien creo no dudará usted. Sofía es buena, es un ángel, tiene mucho corazon...

MAGD. Quizá demasiado...

CONDE. Eh? qué quiere usted decir?

MAGD. Digo, señor Conde, que como vuecencia y el señor vizconde la han dicho que hasta los veinte y un años no la permitirán casarse, tal vez esto contrarie algun

proyecto juvenil, y le parezca mucho esperar cuatro años.

CONDE. Usted sospecha algo, Magdalena? No me oculte usted lo que sepa; yo la he confiado á su cuidado y sentiria tener que reconvenirla.

MAGD. Esa es la razon porque observo todo cuanto hace la señorita. Anoche, despues de haberla dejado en su habitacion, noté que su luz permanecia encendida más que de costumbre; miré por el ojo de la cerradura para averiguar la causa, y la ví anegada en lágrimas leyendo una carta.

CONDE. Una carta!

MAGD. Cuyo contenido parecia querer grabar en su alma, porque despues de leerla varias veces la quemó...

CONDE. De quién puede ser?... Oh! es preciso, Magdalena, que yo lo sepa á toda costa. Es necesario que usted, con cierto tacto, consiga que ella se lo diga.

MAGD. Lo creo muy difícil. Ya he dicho ántes á vuecencia que Sofía tiene poca confianza conmigo, y ménos aún porque no satisfago las contínuas preguntas que me hace acerca de...

CONDE. Bien. Entónces yo la interrogaré.

MAGD. Mejor es eso: ya sabe el señor Conde lo impresionable que es; su secreto debe ser muy inocente, y á los diez y siete años, fácilmente se descubren sin querer.

CONDE. Tiene usted razon; yo haré que me lo revele todo. No diga nada usted á su padre. Aquí se acerca; retírese usted ántes que la vea; no quiero que sospeche que usted me ha prevenido.

MAGD. Desea algo más el señor Conde?...

CONDE. Gracias, Magdalena. (Coge un periódico del velador y se pone á leer.)

ESCENA II.

El CONDE, SOFIA, con un ramo de flores.

SOFIA. (Entrando por el fondo y abrazando á su abuelo.) Buenos dias,

mi querido abuelito.

CONDE. Buenos dias... ¿De dónde vienes tan sofocada?

SOFIA. De hacer mi acostumbrada visita á mis pájaros y á mis palomas.

CONDE. Montarás hoy á caballo?

SOFIA. Si no te fatigára mucho, dariamos juntos un buen galope hasta la aldea.

CONDE. Qué me ha de fatigar eso, hija mia! ya sabes que muchas veces, á pesar de mis años, tú eres la que tienes que reñirme; porque cuando monto á caballo me siento rejuvenecer, y aún me parece que podria ponerme como en otro tiempo al frente de mi valiente escuadron de coraceros, y deshacer con él un ejército de austriacos.

SOFIA. Ay, abuelito! cómo te engaña el corazon; deja á tus coraceros y conténtate con mandar sólo á tu Sofía, que te quiere mucho.

CONDE. Pues no faltaba más, sino que no quisieras á tu abuelito...

SOFIA. Dónde está mi padre?

CONDE. En su cuarto está escribiendo unas cartas de recomendacion para nuestro jóven vecino, Luis Bressant, que en breve vendrá á despedirse de nosotros.

SOFIA. Luis se va?... Y á dónde?

CONDE. Creo que á Alemania.

SOFIA. Por mucho tiempo?

CONDE. Sí; tendrá que estar allí algunos años, porque le han nombrano cónsul de Driesde ó de Berlin; es un empleo muy distinguido, y al pobre muchacho le han hecho un gran favor, porque su padre le derrochó todo su patrimonio.

SOFIA. Tuvo desgracias en sus negocios?

CONDE. Sí; ademas, él queria muy poco á su hijo.

SOFIA. ¿Conque hay padres que no quieren á sus hijos?

CONDE. Hay algunos, desgraciadamente. Pero aunque á Luis no le ha querido mucho su padre, en cambio su madre le adora.

SOFIA. Es natural; verdad que en las madres no hay excepcion, que todas idolatran á sus hijos?

CONDE. Tambien suele haber algunas que...

SOFIA. Entónces los hijos tendrán la culpa. Ah! si yo hubiera tenido la dicha de conocer á mi madre, estoy segura que me hubiera querido mucho... como yo á ella!... Dime, no es verdad que mi mamá era muy buena?

CONDE. La traté muy poco...

SOFIA. Y cómo fué eso?

CONDE. Cuando tu padre se casó yo estaba viajando por el extranjero, y á poco de mi regreso á Francia, murió.

SOFIA. De qué?

CONDE. De una afeccion al corazon. ¿No te lo he dicho mil veces? (Lee el periódico para evitar la conversacion, y Sofía, que se ha sentado, se lo retira cada vez que le hace una pregunta.)

SOFIA. Sí; pero... Y dónde está enterrada?

CONDE. En París.

SOFIA. Era bonita?

CONDE. Muy bonita.

SOFIA. Rubia ó...

CONDE. Morena.

SOFIA. Y cómo no habeis conservado ningun retrato de ella?

CONDE. Porque todos los que teniamos los recogió su familia.

SOFIA. Pero vosotros debisteis haber mandado sacar una copia para mí. Á quién no se le ocurre esto? No era natural, ya que desgraciadamente habia perdido á mi madre tan niña, que cuando fuera mayor quisiera adorar su imágen? Y la familia de mamá, por qué no nos viene á ver nunca?

CONDE. Porque no existe.

SOFIA. De modo que no tan sólo no tengo madre, sino ni un pariente de su familia que me hable de ella?

CONDE. Pero por qué me diriges hoy tantas preguntas? Ya otras veces que las has hecho te hemos dicho lo mismo que hoy, porque es la verdad, y sobre todo, porque nada se puede añadir á lo que tú sabes. Pero te encargo no hagas tambien ahora á tu padre el mismo inter-

rogatorio.

SOFIA. Descuida; de estas cosas te hablo á tí sólo, porque contigo tengo más confianza que con papá; él se pone muy triste cuando le hablo de esto y no le quiero molestar. (En este momento se va hácia un velador que hay á la derecha, donde debe haber puesto las flores.) Verdad que tú no te incomodas conmigo, abuelito?

CONDE. No, hija mia.

SOFIA. Qué bueno eres!—Conque hoy se va Luis á Alemania?

CONDE. Sí. (Está llorando.) Qué es eso, qué tienes, hija? (Yendo hácia ella.)

SOFIA. Déjame, que yo tambien me voy á morir... como se murió mi madre!... Déjame, déjame.

ESCENA III.

DICHOS, CARLOS.

CARLOS. Qué es eso, Sofía; por qué lloras? Qué te pasa?

SOFIA. Nada, papá mio, nada; no me sucede nada malo... sino que estoy muy nerviosa y... sin querer se me saltan las lágrimas. No te aflijas tú por eso, y perdóname por haberte asustado; tú eres muy bueno y me perdonarás, ¿no es cierto?,.. y tú tambien, abuelito... ¿iremos luego á pasear?

CONDE. Cuando quieras.

SOFIA. Pues hasta luego, papaito: dame un abrazo; así. ¿No me guardas rencor por el mal rato que te he dado, verdad? .. ni tú tampoco?...

CONDE. No, ángel mio.

SOFIA. Gracias, y hasta luego.

ESCENA IV.

El CONDE y CÁRLOS.

CARLOS. Qué tiene Sofia?... De algun tiempo á esta parte la encuentro siempre triste.

CONDE. Inútil es hacerla hablar. Sin embargo, lo que yo creo

más probable es que está enamorada de Luis; y si esto es así hay que casarla.

CARLOS. Casarla! y cómo?—Hé aquí el momento que yo temia. Esta mañana Luis me ha pedido su mano. Usted y yo se la hemos negado, petextando que no me convenia casarla hasta los veinte y un años... Padre, qué mal hizo usted en no permitirme...

CONDE. Cárlos, no me acrimines por lo que tú has hecho. Si hace diez y siete años tu hija me era indiferente, durante ese tiempo ha crecido á mi lado, alegrando mi vida, siendo el consuelo de mi vejez... hoy la adoro como tú, y mi único deseo es que sea feliz á toda costa; para conseguirlo haz lo que quieras de mí, pero no me acuses jamás.—Luis es un excelente muchacho; la prueba es que ha pagado á todos los acreedores de su padre, cuando podia no haberlo hecho. Esto hace que tenga yo más confianza en él que en otro alguno para descubrirle la verdad de nuestra posicion.

CARLOS. Usted está seguro de que Sofía le ama?

CONDE. Magdalena me ha dicho que la niña ha recibido, sin que ella sepa cómo, algunas cartas... Sofía no tiene ningun pariente que pueda escribirla, y es de suponer que la de anoche sea la carta de despedida que Luis la habrá dirigido.

CARLOS. No me desagradan esos amores, mas temo descubrir á Luis la desgracia que pesa sobre mi hija, y que él se arrepienta...

CONDE. No temas. Te repito que Luis es un excelente muchacho; si verdaderamente la ama, como creo, se casará.

CARLOS. Si usted quisiera encargarse de hacerle esa revelacion, para mí tan penosa...

CONDE. No, hijo mio, dispensa; eso te corresponde á tí de derecho.

CRIADO. El señor don Luis Bressant, pide permiso para ver al señor Conde.

CONDE. Que pase... llega oportunamente.

ESCENA V.

DICHOS y LUIS.

LUIS. Buenos dias, señor Conde... adios, señor don Cárlos.

CONDE. Buenos dias, querido Luis. En este momento estábamos ocupándonos de usted .. Mi hijo Cárlos tiene que hablar á usted de un asunto que interesa á los dos: yo, con su permiso, me retiro; deseando que sea á usted grata la prueba de confianza que le ha merecido. (Vásc.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, LUIS.

LUIS. Estoy á su disposicion. (Sentándose á la izquierda.)

CARLOS. Amigo mio; va usted á sorprenderse de mi lenguaje, que le parecerá extraordinario, el dia mismo que le he negado á usted, con sentimiento mio, la mano de mi hija, pretextando su poca edad. Pero ántes deseo saber de usted, qué ha pensado de mi respuesta.

LUIS. La he calificado como el pretexto de una negativa cortés. Es natural que usted niegue la mano de su hija á un hombre de mi escaso valer. Usted apénas me conoce. Mi madre, que habita la quinta inmediata, sale poco y su posicion no la permite recibir. Cuatro veces solamente, en un año, he podido venir á verla aquí á la Lorena, y en estas cuatro veces es cuando he tenido ocasion tambien de hablar á usted y de ver á Sofia. Mi vida en París es igual á la de mi madre en Lorena; consagrada toda entera á mis trabajos, y alegre sólo con una esperanza que yo me he llevado de aquí, y la cual constituye toda mi alegría. Confesaré á usted, que cuando se acostumbra el alma á acariciar una esperanza risueña de felicidad, y hay que renunciar á ella para siempre, se sufre mucho... porque parece que falta hasta aire para respirar. Ahora que el porvenir parecia que empezaba á sonreirme, he pedido á usted

la mano de su hija. Usted me la ha negodo, está usted en su derecho. Yo marcharé á mi destino con el corazon desgarrado; pero trabajaré con perseverancia para que llegue un dia en que usted me considere digno de su hija.

CARLOS. Le creo á usted ahora y siempre digno de ella, y por eso he querido explicarle á usted mi negativa. No es la falta de fortuna; no es su posicion, que hoy no es modesta, la que me ha obligado. Usted está muy léjos de la verdadera causa. La verdadera razon es lo contrario de lo que usted ha creido; en una palabra, amigo mio; ni Sofia ni yo podemos tener la honra de pertenecer á su familia.

LUIS. Cómo! Sofia?...

CARLOS. Tranquilícese usted. Sofia no tiene nada de qué acusarse. Pero la ley del mundo la hace víctima de su familia, como usted lo ha sido de la suya. Desgraciadamente, la falta cuyas consecuencias pesan sobre ella es irreparable.

LUIS. Por Dios, acabe usted!...

CARLOS. Voy á confiar á usted lo que no he dicho á nadie en este mundo. Sofia es una hija natural; ella lo ignora; y su tristeza, que tal vez usted podria hacerla desaparecer, es la de no haber conocido á su madre; su madre, de la cual yo no le he hablado jamás, de la cual ella adivina que yo no me quiero acordar.

LUIS. Su madre ha muerto?

CARLOS. Vive. Indigna de su hija, indigna de usted y de mí! Vive entre el ruido de los placeres y el escándalo del lujo con un malvado. Poco tiempo despues de una escena terrible en que mi padre me probó la infamia de ambos, me batí con aquel miserable dándole una estocada, de la cual desgraciadamente no murió. Recogí á mi hija á pesar de las amenazas de la madre de venir á arrebatármela algun dia. Para evitar esto, hemos pasado la vida viajando, un año en un punto, dos en otro por Italia, Alemania, á Inglaterra, á fin de des-

orientar á la madre de nuestra verdadera residencia, Como usted sabe, llevamos aquí en la Lorena dos años, y ya he escrito á mi notario para que me venda esta casa de campo en cuanto tenga ocasion. Sabe usted toda la verdad, ante la cual comprendo que se entibie el mayor cariño y haga desistir de sus proyectos á un hombre honrado.

LUIS. Debo empezar dando á usted las gracias por la prueba de confianza que le he merecido, y yo le probaré bien pronto que soy digno de ella. No tan sólo lo que usted me ha dicho no me hace desistir, sino que por el contrario, ahora me interesa y amo más á Sofía, si es posible. No quisiera llevar á cabo este asunto sin su voluntad; no creo serle indiferente, pero desearia saber si ella corresponde á mi cariño.

CARLOS. Ella no se lo ha dicho á usted todavía?

LUIS. No.

CARLOS. Pero al ménos se lo habrá dicho por escrito; no ha recibido de usted carta alguna?

LUIS. No me hubiera permitido tal libertad sin haberle pedido á usted ántes su permiso.

CARLOS. Amigo, tengo mucho que agradecer á usted despues de nuestra conversacion, y para probarle que mi único deseo es poderle llamar hijo mio... Sofía se acerca; la dejo sola con un caballero. Quiera Dios que la hija acepte el cariño de un hombre como usted.

ESCENA VII.

LUIS, SOFÍA.

LUIS. Buenos dias, señorita.

SOFIA. Buenos dias... Creí encontrar aquí á mi papá; ¿no estaba con usted?

LUIS. Sí, señorita; pero al sentirla á usted llegar, se ha retirado.

SOFIA. Huye de mí!... Tiene razon; porque hace un rato le he dado un disgusto.

LUIS. Voluntariamente?

SOFIA. Dios me libre!... pero le he incomodado y quiero pedirle perdon.

LUIS. Por qué me hace usted la confesion de su falta?

SOFIA. Porque usted me lo ha preguntado.

LUIS. Y dígame usted, Sofía... si yo le pregantára á usted por otros secretillos suyos, me los confiaria usted lo mismo diciéndole yo alguno que quizá le interese?

SOFIA. Á mí?

LUIS. Sí, á usted. Estoy autorizado por su papá; pero es preciso que usted me ayude tambien por su parte.

SOFIA. Con mucho gusto. Empiece usted.

LUIS. Sofía, yo adoro á usted, y...

SOFIA. Y...

LUIS. Y... acabo de pedir su mano á su papá...

SOFIA. Y.. qué ha respondido?

LUIS. Que no queria casar á usted hasta los veinte y un años.

SOFIA. Por qué?

LUIS. Porque cree que á esa edad es cuando una mujer puede saber si realmente ama al hombre con quien se va á casar.

SOFIA. Mi padre tiene mucho talento, y tendrá sus razones cuando así piensa; él sólo desea mi felicidad; él habrá conocido que yo tambien amo á usted.

LUIS. Usted me ama?...

SOFIA. Sí; desde el momento en que mi padre autoriza á usted para que me diga su secreto, es para que yo le diga el mio, no es verdad?

LUIS. Sí, Sofía, sí; y yo juro amarla con toda mi alma.

SOFIA. Pues yo tambien tengo un secretillo que quiero que usted sepa, porque deseaba decírselo á una persona que me quisiera mucho, y usted me lo ha jurado. Hace nueve ó diez años viviamos en París, y Magdalena, mi aya, me llevaba todos los dias al jardin de las Tullerías... Una tarde estaba jugando con otra niña de mi edad, y acercándose su madre me preguntó cómo me

llamaba; yo se lo dije.—Tú eres la hija del vizconde de San Alberto?...—Sí, señora.—Mentira; el vizconde no ha sido casado jamás, y si tiene hijos, tanto peor para tí; los mios no pueden jugar contigo.

LUIS. Oh! qué indignidad!

SOFIA. Dicho esto, cogió á su niña de la mano y no las ví más!... Cuando volví á casa, le conté esto á mi padre. Él no dió ninguna importancia á este incidente; pero yo estuve llorando toda la noche, porque me habian quitado á mi amiguita. Mi padre me dijo al otro dia, que la señora no sabia lo que me habia dicho... Yo acepté esta explicacion y no volvimos á hablar más de esto; pero desde aquel dia, aquellas palabras no pueden borrarse de mi corazon, donde parece que se grabaron. Cada vez que las recuerdo pregunto á mi abuelito ó á mi padre por mi querida mamá; siempre me contestan que ha muerto. Una madre, aunque jamás se la haya visto siempre es una madre, y en el corazon de su hija hay eternamente un lugar consagrado á su memoria que nadie puede reemplazar y á cuyo sagrado recuerdo dedico todas mis oraciones. En fin, hay en mi vida un misterio que no puedo comprender y que me hace sufrir. Usted, que será mi marido, que debe saber lo que yo ignoro, que debe conocer el mundo y que dice que me quiere tanto, por qué no me lo explíca usted?

LUIS. No puedo aunque quisiera.

SOFIA. Mi padre no le ha dicho á usted nada de esto?

LUIS. Nada.

SOFIA. De veras?

LUIS. De veras.

SOFIA. Y usted se casará conmigo?

LUIS. Es toda mi ambicion.

SOFIA. Si su mamá lo permite?...

LUIS. Dará su consentimiento con mucho gusto.

SOFIA. Y su padre de usted?

LUIS. Ha muerto.

SOFIA. Y cómo se reemplaza su consentimiento?

LUIS. Con la partida de defuncion.

SOFIA. De modo que será preciso la fe de muerta de mi madre? Eso era todo lo que yo queria saber. He aquí por qué no quieren casarme; porque no pueden presentar la partida de defuncion de mi madre, porque no ha muerto, porque ella me quiere y me han separado de ella contra su voluntad: ella me lo ha escrito.

LUIS. Ha escrito á usted?...

SOFIA. Sí; ayer estando paseándome por el jardin, se acercó un pobre á la verja de entrada para pedirme una limosna; yo le dí una moneda; y él me alargó un papel doblado, diciéndome: «lea usted eso sola, señorita; esa será su recompensa.»

ESCENA VIII.

DICHOS, MR. AVERTIN.

AVERTIN. Dispense usted, caballero; es usted el señor vizconde de San Alberto?

LUIS. No, señor.

SOFIA. El señor vizconde, es mi padre.

AVERTIN. Por muchos años!... De modo que tengo el honor de hablar con la señorita Sofía?

SOFIA. Sí, señor.

AVERTIN En ese caso, ¿molestaria á usted avisar á su señor padre, que monsiur Avertin, abogado, desea hablarle acerca de la venta de esta quinta?

SOFIA. Voy á avisarle al momento. (Váse puerta izquierda.)

AVERTIN. Mil gracias.—Usted es hermanito de esta señorita?

LUIS. No, señor.

AVERTIN. Me parecia notar en usted un aire así, de familia.—Buen pais es este. No lo conocia, y ahora me alegro de haber visto la Lorena: he venido expresamente á hacer este negocio, y siento no poder detenerme mucho tiempo. Aunque sea curiosidad, caballero, sabe usted por qué vende el señor vizconde una posesion tan

magnífica como esta?

Luis. Lo ignoro; pero él vendrá al momento y lo oirá usted de su boca. Saludo á usted. (Váse.)

Avertin. Igualmente.

ESCENA IX.

MR. AVERTIN.

Eh... eh!... El texto de la ley está claro y preciso en casos como el presente. Si la parte contraria se atreve á sostener que tiene contra nosotros esta... y esta prueba... á nosotros nos será fácil probar lo contrario... Sin embargo, es preciso mucho tacto... Ah! aquo está el señor vizconde.

ESCENA X.

DICHO, CÁRLOS.

Carlos. Caballero...

Avertin. Pido á usted mil perdones por haberle molestado. Vengo expresamente de París para ver esta casa que está en venta; ¿no es así?—Aquí está la tarjeta de su notario que debe servir para mi presentacion. ¿Cuánd podríamos verla?

Carlos. Ahora mismo, si usted gusta, estoy á su disposicion.

Avertin. No es para mí, es para una señora cliente mia, y á la cual acompaño; pero ántes de hacerla entrar, queria asegurarme si el señor vizconde podria recibirla. Con su permiso voy á avisarla al jardin, donde se ha quedado paseando.

Carlos. Por qué no la ha hecho usted entrar?... Voy por ella.

Avertin. No se moleste usted. Héla aquí.

ESCENA XI.

DICHOS, CAMILA.

CARLOS. Usted aquí, señora?

CAM. Yo en persona. Y tengo un placer en que me haya usted reconocido. Eso prueba que no he cambiado mucho. El señor Conde vive todavía? me alegro mucho.

CARLOS. Sepamos, señora, qué proyecto la trae á usted aquí, porque seguramente no la ha conducido la casualidad.

CAM. Cierto. Monsieur Avertin, tiene usted la bondad de cerrar esas puertas?... es una precaucion que el padre del señor vizconde me enseñó hace diez y seis años, y que considero buena cuando se tratan asuntos graves. Me hará usted el obsequio de prestar su atencion á lo que aquí se ha de hablar. (Dirigiéndose á Mr. Avertin.)

AVERTIN. Soy todo oidos.

CAM. Ante todo su salud de usted buena, así como la de su señor padre?... me alegro. En cuanto á la de mi hija sé que es excelente, salvo alguna nubecilla de tristeza propia de su edad. Ya ve usted que yo me intereso por ella y por todo lo que la rodea.

CARLOS. Señora, concluyamos; vamos al asunto que la trae á esta casa; estoy bien seguro que no es por cariño hácia su hija, á quien usted no ha visto ni ha procurado buscar hace diez y seis años.

CAM. Qué quiere usted!... las circunstancias, los viajes... contratiempos de todos géneros... Pero yo habia dicho á usted que nos volveriamos á ver y cumplo mi palabra: un poco tarde, es verdad; pero más vale tarde que nunca. Llego en la ocasion más oportuna para sacar á usted de un compromiso; sé que va usted á casar á Eteniet... á Sofía, como usted la llama ahora.

CARLOS. ¿Quién ha dicho á usted eso?

CAM. Yo lo sé y esto basta.—Ahora bien; para casar á Sofía hace falta mi consentimiento.

CARLOS. Es cierto.

CAM. Pues hien; no seria lo mejor colocar á Sofía en una posicion completamente regular? La familia de Bressant lo aplaudiria.

CARLOS. Usted sabe que hace ya tiempo eso es imposible. (Avertin se coloca en medio y le hace una seña con la mano equivalente á decirle: «Oid.»

CAM. Está usted equivocado; nada más fácil.

CARLOS. Explíquese usted.

CAM. Nada más sencillo: casándose la madre y legitimando á la hija por medio del matrimonio.

CARLOS. Casarme con usted?... Yo... veo que se está usted chanceando!

CAM. Hablo muy formal, porque el caso es grave. Y debo advirtir á usted que es el mejor modo que tendremos de arreglar este asunto. Pregunte usted si no á mi consejero y abogado en este negocio.

AVERTIN. Verdad.

CARLOS. En una palabra; otorga usted su consentimiento?

CAM. No.

CARLOS. Ni aún para hacer la ventura de su hija?

CAM. Negado.

CARLOS. Entónces...

CAM. Me puedo retirar... no es así?

CARLOS. Cierto; nada tenemos que hablar.

CAM. En ese caso, permítame usted llamar á mi hija, porque me la llevo.

CARLOS. Usted llevarse á Sofía?... Qué delirio!

CAM. No tanto como usted cree. Delirio, porque me quiero llevar á mi hija, apoyada en mi derecho!... No es cierto, monsieur Avertin?

AVERTIN. Verdad.

CAM. ¿Se niega usted á darme á mi hija?

CARLOS. No hay necesidad de responder.

CAM. No quiero que me acuse usted de que hago las cosas con demasiada ligereza ni que no quiero conciliarlo todo. Doy á usted veinte y cuatro horas para reflexionar

su determinacion. Y si pasado ese tiempo se niega usted todavía á casarse conmigo, me entregará usted á mi hija; y no seré yo, será la ley la que vendrá por ella. Y le advierto que tengo tomadas mis precauciones.

CARLOS. Eso lo veremos.

CAM. Eso lo verá usted. Hasta mañana, caballero.—Vamos, monsieur Avertin. (Mr. Avertin llega, acompañando á Camila hasta el foro, y despues que esta desaparece, baja á la escena, y con gran intencion, dice lo siguiente:)

AVENTIN. Celebro mucho haber conocido á usted... calle de Chavanais, número once, piso tercero de la derecha, de una á cinco de la tarde estoy á su disposicion. No pierda usted mi tarjeta. Quién sabe á dónde podremos llegar?... (Váse.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de una fonda.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, UN CRIADO, á poco LUIS.

Criado. Caballero, tenga usted la hondad de poner su nombre y su profesion en este libro, que es el del registro; porque ya hace dos dias que está usted hospedado en esta fonda, y podia traer un perjuicio á la casa si esto se supiera.

Carlos. Me supone usted quizá algun hombre sospechoso?

Criado. No, señor; pero la policía es muy severa con nosotros.

Carlos. Se pueden ver aquí los nombres de las personas que habitan ahora en esta fonda?

Criado. Sí, señor vizconde.

Carlos. Por qué me da usted ese título?

Criado. No es el que le corresponde?

Carlos. Quién se lo ha dicho á usted?

Criado. Un caballero que ha venido á preguntar esta mañana si habia llegado á esta fonda el señor vizconde de San Alberto con su hija y su aya.

Carlos. Qué señas tiene?

CRIADO. Un hombre de unos cincuenta años, con una levita larga y unas gafas... le pregunté si queria dejar algun recado para el señor vizconde, y me dijo su nombre y las señas de su casa. Monsieur Avertin, calle de Chavanais, número once, tercero derecha.

CÁRLOS. Si vuelve, sea la hora que quiera, avíseme usted y hágale usted subir.

CRIADO. Está muy bien. Desea algo el señor vizconde?...

CARLOS. Nada! Qué querrá ese hombre de mí?

ESCENA II.

CÁRLOS, LUIS.

CARLOS. Estaba esperando á usted con la mayor impaciencia. ¿Qué hay?

LUIS. Todo va bien en lo posible. Nos hemos asustado más pronto de lo necesario... Podia usted haber permanecido algun tiempo más en Tours, al lado del señor Conde. ¿Hay noticias suyas?

CARLOS. Ninguna.

LUIS. Buena señal; porque quedó en avisarnos telegráficamente á la menor novedad. ¿Y Sofía?

CARLOS. Sigue bien.

LUIS. No ha preguntado la causa de este viaje repentino?

CARLOS. Sí; pero yo habia previsto la respuesta, puesto que ántes ó despues habria que darle una explicacion. La he dicho que tenia que venir á París para un asunto judicial... Esto á la vez me sirve para preparar su espíritu y su corazon.

LUIS. Muy bien hecho. La suerte me llevó á su casa de usted cinco minutos despues que se marchó de ella la madre de Sofía. Despues de nuestra corta explicacion, salí detrás y la ví reunirse con su abogado, que dicho sea de paso, le conozco.

CARLOS. Me alegro. Ya ha venido á buscarme. ¿Quién es ese hombre?

LUIS. Yo le diré á usted... Pero procedamos con órden. Los

he seguido hasta la fonda de la bola de oro en Tours, donde se han reunido con un tal Cabañol, que pasa por el esposo de Camila.

CARLOS. Naturalmente; el infame no se ha atrevido á acompañarla hasta mi casa.

LUIS. Una hora despues, los tres juntos tomaron el tren para París, y yo entré en un wagon inmediato. Al llegar, Avertin se ha separado de ellos, y yo los he seguido hasta la calle de Chateaubriand, número noventa y cinco, donde se han hospedado. Diré á usted para su gobierno, que ese Avertin es un truhan, y ademas muy interesado. . Cuando él ha venido á buscar á usted, tal vez sea para ver qué le conviene más. Camila puede estar en su derecho segun la ley; pero como toda ley tiene su trampa, él la conocerá, y acaso nos la diga á nosotros si usted le ofrece dinero.

CARLOS. Eso será lo mejor; para efectuar el reconocimiento, son necesarios dos testigos, verdad?

LUIS. Sí.

CARLOS. Me los podrá usted proporcionar?

LUIS. En el momento. Uno seré yo, el otro un amigo abogado, que representará á usted en todo cuanto haga falta. Ahora un poco de paciencia y todo se arreglará.

CARLOS. Cuántas molestias le estoy á usted dando, amigo mio... Usted me las dispensará.

LUIS. Yo estoy contento, porque tengo la dicha de serle á usted útil y á Sofía.

CARLOS. Ah! querido hijo!

LUIS. Ese nombre es mi recompensa...

CARLOS. Se acerca Sofía... Adivinó que estaba usted aquí.

ESCENA III.

DICHOS, SOFIA.

SOFIA. Papá!... Buenos dias, Luis!!..

LUIS. Sofía, buenos dias. Dispense usted que me retire con gran pesar mio, aunque por pocos momentos; porque

ocupaciones gratas para todos, reclaman mi presencia en otra parte... Pronto vuelvo.

SOFIA y CARLOS. Adios.

ESCENA IV.

CÁRLOS, SOFIA.

SOFIA. Qué contento está hoy Luis.

CARLOS. Sabe que es amado...

SOFIA. Entónces, por qué se marcha tan precipitadamente?

CARLOS. Porque tiene que traerme noticias sobre el proceso de que te he hablado, y por el cual hemos venido aquí; y ademas á concluir las últimas disposiciones para vuestro enlace. (Sentándose.)

SOFIA. Y nada más?

CARLOS. Nada más.

SOFIA. Por qué me ocultas la verdad, padre mio!

CARLOS. Cómo?

SOFIA. Tu agitacion en estos dias es visible: las precauciones que tomas respecto á mi persona... Creo que nada de esto se necesita para que un padre case á su hija, ni para litigar...

CARLOS. Si yo tengo secretos para tí, Sofia, no hago más que imitarte.

SOFIA. Qué dices?

CARLOS. Las cartas que has recibido... que leias por las noches en tu cuarto y que quemabas despues...

SOFIA. Luis te ha dicho...

CARLOS. No; Magdalena me ha informado de todo.

SOFIA. Es cierto, y yo te pido me perdones esa falta de confianza; todo te lo diré.

CARLOS. Es inútil, porque desgraciadamente sé de quién eran esas cartas. Sofia, voy á revelarte lo que á toda costa hubiera querido ocultar. Hay en tu vida una desgracia dolorosa, como en la mia una falta imperdonable. No creo que dudes de mi cariño, ¿es verdad?

SOFIA. Padre mio!...

CARLOS. Todo lo que yo he hecho ha sido por tu felicidad.

SOFIA. Lo creo.

CARLOS. Pues bien; sabe que tú no tienes madre!

SOFIA. Quién es entónces aquella señora que me escribia, diciéndome que lo era?

CARLOS. Dar la vida, no constituye la maternidad tal como Dios la ha formado. La madre que abandona á sus hijos negándoles su ternura y sus caricias; la que los desampara desde el dia de su nacimiento, falta á la primera y más santa ley de la naturaleza... la madre que hace esto con sus hijos, no es madre, no es siquiera una mujer, no es nada... debe ser un cadáver! Hé aquí por qué, hija de mi alma, te decia que tu madre habia muerto. Pero vive aún y viene invocando hoy, por no sé qué interés, el título que no reclamaba cuando tenia santos deberes que cumplir y que olvidó desde el primer momento. Ángel mio, perdóname por todo lo que hoy me encuentro obligado á decirte. Es la expiacion de mi culpa! Sólo me resta explicarte mi conducta... Á pesar de su indiferencia por tí, yo, cediendo á sus súplicas, me decidí á casarme con ella; pero aquel mismo dia se hizo indigna de mi nombre y me separé de ella para no volverla á ver jamás.

SOFIA. Entónces... habia cometido una falta?...

CARLOS. Imperdonable!

SOFIA. (En voz baja.) Muy grande?

CARLOS. Sí, hija mia.

SOFIA. Y sin duda por eso la madre de aquella niña no queria que su hija estuviera á mi lado? Ah! padre, qué desgraciada soy!

CARLOS. Pobre hija mia! Y ahora esa mujer, cuyos derechos reconoce la ley, y á la que no ha costado ni una lágrima, ni una caricia, ni un buen ejemplo, viene á reclamar á su hija, que es un ángel; á robarle la dicha que merece, á separarnos quizá para siempre!

SOFIA. Oh! jamás!

CARLOS. Para evitarlo hemos hecho este repentino viaje.

SOFIA. No, padre mio; no temas; nadie nos separará. Hay en esa explicacion cosas que no entiendo; pero yo estoy segura de tu cariño y esto me basta. Álguien se acerca... mi abuelito.—Ah! llegas á tiempo: abrázame; ahora más que nunca necesito de tus caricias!

ESCENA V.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Qué lágrimas son esás?

CARLOS. Lo sabe todo.

CONDE. No; ni tú tampoco. Retírate á tu cuarto, hija mia, y disponte para marchar de Paris á la mayor brevedad.

SOFIA. Otra nueva desgracia!...

CONDE. Tranquilízate; nada grave... pero es preciso prevenirlo todo. Yo te lo diré á su tiempo. Entra en tu habitacion y no salgas de ella mientras no te llame tu padre... Calma, hija mia, y valor. Dios nos ayudará hasta el fin.

ESCENA VI.

CÁRLOS el CONDE.

CARLOS. Qué significa su regreso inesperado?

CONDE. Significa, que sin perder un minuto es preciso que nos llevemos de aquí á Sofia; no importa dónde, con tal que hallemos un asilo seguro é impenetrable; porque en breve vendrán aquí por ella.

CARLOS. Quién?

CONDE. El procurador imperial, el comisario, los gendarmes, qué sé yo...

CARLOS. Con qué derecho?

CONDE. En virtud de una sentencia dada contra nosotros, acusados de retener ilegalmente en nuestro poder á una niña de menor edad.

CARLOS. Aún no me han notificado esa sentencia.

CONDE. Sí; te la han mandado á esta fonda.

CARLOS. Pero no me la han entregado todavía.

CONDE. Está en la consejería del tribunal, porque tú no has querido dar tu nombre en esta casa; el portero dejó encima de la mesa la órden en ausencia del criado. Una nueva trama del pícaro de Avertin.

CARLOS. Todo es de temer de gente que se vale de armas de ese género para triunfar.

CONDE. Cabañol se ha casado con Camila; y por medio de este casamiento han legitimado á María Eteniet, nacida de padre y madre desconocidos, como hija en debida forma. Nosotros no tenemos ya ningun derecho sobre ella; y como ellos están hostigados por las deudas, á pesar de su lujo aparente, vendrán aquí por ella para realizar algun infame proyecto y... ahí están!

CARLOS. Oh! yo daré muerte á mi hija ántes que entregarla á esos miserables.

ESCENA VII.

DICHOS, UN NOTARIO, CAMILA, CABAÑOL, AVERTIN, dos agentes de policía; á poco SOFÍA.

NOT. El señor vizconde de San Alberto?

CARLOS. Yo soy.

NOT. En nombre de la ley y en virtud de un acta de matrimonio celebrada entre Andrés Cabañol y Camila Guy, por el cual reconocen como su legítima hija á Maria Eteniet, nacida de padre y madre desconocidos, detenida arbitrariadamente por usted, bajo el nombre de Sofía Esteve... mando á usted entregar al instante dicha jóven.

CARLOS. Usted sabe que este hombre y esta mujer son dos miserables impostores, y que la niña que me reclaman es mi hija? Si te queda un resto de vergüenza, sosten delante de mí que tú eres el padre de Sofía.

CAB. Suplico á usted, señor Notario, que haga valer nuestros derechos.—Yo no conozco á ese hombre.

NOT. Tiene usted algun documento que pruebe que esa niña es hija suya?

CARLOS. Pregunte usted á esa madre, si yo digo la verdad.

NOT. Luego usted reconoce á esta señora como la madre de esa niña?

CAB. La reconozco.

NOT. Entónces, por más que lo sienta, tengo que ahogar mis sentimientos de hombre ante mi deber.

CARLOS. Un momento. Señora, por qué oculta usted la verdad? por qué no confiesa usted que al invocar ese derecho que le da la ley, lo que está haciendo es ultrajarla? Sí, ultrajarla! porque usted mejor que nadie sabe que lo que está haciendo es una infamia. Pronuncie usted una palabra, un grito, derrame usted una lágrima siquiera para probar que aún queda en ese corazon un resto de sentimiento humano, si no creeré que más que mujer, eres una fiera!—Oh! perdóname!... perdóname!... no me quites á mi hija y toma en cambio mi fortuna, mi vida, mi sangre; yo te la daré toda, pero no me arrebates mi tesoro! Usted, caballero, que tambien tendrá hijos, que sabrá cuánto se les quiere... diga usted una palabra que encierre una esperanza para este pobre padre, á quien quieren arrebatar la mitad de su alma!—En nombre del cielo, hablad!... ese silencio me mata!...

CAB. Acabemos, se lo suplico á usted.

CARLOS. Rechazan ustedes mis súplicas?... Pues bien, no cederé si no á la fuerza. Venid, venid todos. Quién se atreverá á separarla de mi lado?

ESCENA VIII.

DICHOS, SOFÍA.

SOFIA. Basta, padre mio!... Á mí solo toca contestar, puesto que de mí se trata. Caballero, yo no sé nada de la ley; pero ya que se apela á ese santo nombre para separarme del lado de mi padre, yo invoco esa misma ley para que me ponga á cubierto de toda violencia que quiera usarse conmigo; la ley no debe autorizar un

crímen! Una madre no puede querer la desgracia de su hija. Usted es mi madre, señora?

CAM. Señorita... Sí!

SOFIA. Por qué me dice usted señorita? Es preciso que me llame hija.

NOT. Usted es la jóven que ha llevado hasta hoy el nombre de Sofia Esteve?

SOFIA. Sí señor.

NOT. Entónces, usted debe seguir á esta señora y á este caballero, que vienen por usted, y que legalmente son sus padres.

SOFIA. Mi padre?... Véale usted: mi abuelo es ese anciano á quien ve usted llorando. Mi madre, tal vez sea esta señora; yo no lo sé!... En cuanto á este caballero, no le conozco!

NOT. Señorita, es preciso que nos siga usted.

SOFIA. Estoy pronta.

CARLOS. Jamás!

SOFIA. Valor, padre mio!... la ley no cometerá una injusticia. La verdad triunfará! Dame un abrazo!... y tú tambien, abuelito!... Y Luis?... siento no esté aquí! Decidle que no me olvido de él!... No estaremos mucho tiempo separados... hasta tanto tengamos valor.

ESCENA IX.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Un momento, señor Notario. El señor vizconde de San Alberto pone impedimento á la sentencia.

NOT. No se puede poner impedimento á una sentencia dada. Lo que puede hacerse es apelar de ella al tribunal superior.

AVERTIN. (Apele usted, señor vizconde, y si no me olvida usted, ya veremos de arreglarlo todo.)

CARLOS. Puesto que estoy en mi derecho, apelo de la sentencia.

AVERTIN. Bien: el señor vizconde está en su derecho, con arreglo al artículo ochocientos nueve de la ley de procedi-

miento civil. La apelacion será atendida.

NOT. Está bien: hasta que el señor juez disponga lo que juzgue por conveniente, nombro á usted guardador de Sofia Esteve, á la cual presentará usted á su primera citacion; y permitirá asimismo á estos señores conferenciar con ella cuanto juzguen conveniente.

CAM. Mi hija!...

SOFIA. Ha dicho el señor Notario que tengo el derecho de conferenciar, mientras no llega el momento...

NOT. Es la verdad.

SOFIA. En ese caso, permítame usted una corta entrevista con esa señora... (Señalando á Camila.)

NOT. No hay inconveniente.

SOFIA. No se alejen ustedes.

CARLOS. Pasemos á mi gabinete.

NOT. Yo me retiro. Extienda usted cuanto ántes su apelacion.

ESCENA X.

CAMILA, SOFIA.

SOFIA. (Mi madre!... (Observándola.) no sé lo que experimenta mi corazon en este instante... Valor!)

CAM. (Qué querrá decirme?)

SOFIA. Señora... acérquese usted... (Con cierta timidez.)

CAM. Deseo sea muy breve el plazo que conceda el tribunal superior, y saber á qué atenernos para lo sucesivo.

SOFIA. Yo lo espero con ansiedad para conocer mi porvenir.

CAM. Justamente: por eso he consentido en hablar con usted; y de qué podria hablarla que más me interesara? Las personas que hasta hoy han estado á su lado y que la arrebataron del mio á poco de haber nacido, habrán acostumbrado á usted á odiar, á despreciar á su madre.

SOFIA. Son incapaces de una accion de esa naturaleza. Mis padres...

CAM. No les dé usted ese nombre.

SOFIA. Perdóneme usted ese nombre se lo doy, no por cos-

tumbre, si no por deber; son nombres que no salen de mis labios, sino de mi corazon. Nunca me han hablado de usted mal, sólo me han dicho que habia usted muerto. Sin embargo, no sé qué presentimiento me decia que usted vivia y que yo la veria alguna vez.

CAM. Quién sabe si apareceré ante usted y su padre como una mujer despreciable? Bien ve usted, Sofia, que yo no puedo dejar á usted en una casa en donde me desprecian. Su padre, al hablarla de mí, no le habrá dicho que no tuvo miedo para perder, para deshonrar á una pobre muchacha á quien abandonó infamemente, cuando usted apenas tenia un año... y lo hizo sin un motivo justificado, por una infame calumnia! porque yo no era...

SOFIA. Qué?

CAM. Yo no era culpable.

SOFIA. De qué falta?

CAM. De la que se me acusaba.

SOFIA. Pero cuál era esa falta? No me la oculte usted.

CAM. Y para qué lo quiere usted saber?

SOFIA. Entónces, por qué me habla usted así? Oigo á usted palabras que no comprendo... Si usted era inocente, debió disculparse... Si no lo era, debe arrepentirse.— Mi padre es bueno. Por qué quiere usted que yo lleve el apellido de un hombre extraño, á quien no conozco, y vaya á vivir con él, cuando me dice que mi padre es otro? Por qué me habla usted de esa manera que tan mal se aviene con el dulce nombre de madre? Por qué engañar á la justicia?... Por qué esas mentiras, esas amenazas? No era más natural y más sencillo venir á mí y decirme: «Sofía, yo soy tu madre; nosotras hemos estado separadas hasta hoy... pues bien, desde este feliz momento en que nos hemos unido, yo te adoro.»—Cree usted que yo la hubiera preguntado lo que habia hecho? Por ventura soy su juez? Soy yo la que tiene el derecho de condenar y de absolver? No! Una madre y una hija que se encuentran al cabo de

diez y seis años, no tienen necesidad de decirse ni una sola palabra, sino arrojarse una en brazos de otra, derramar un mar de lágrimas de alegría, y dar gracias á Dios por tanta dicha... y asunto concluido.

CAM. Hija de mi alma!...

SOFIA. Madre mia!... Dime ahora para qué necesitamos de los tribunales ni de los procesos! Un abrazo... así; un millon de besos. Todo se acabó. Ea, adios, señores jueces, ya no tenemos necesidad de ustedes.

CAM. Hija adorada!... hija mia!... deja que bese, no tu rostro celestial, sino tus pies; yo no soy digna... quiero separarme de tí, quiero expiar mis faltas, y Dios me perdonará. Si tú supieras todo lo que... Pero Dios quiere arrepentidos, y yo lo estoy de todo corazon! Tú, ángel mio, has hecho esta conversion, y yo te bendigo por ella.

SOFIA. No llores más, madre mia!

CAM. Así... llámame madre. Una, mil veces! Abrázame, hija mia, abrázame! Mira correr por mis mejillas estas lágrimas; ves?... no las enjugues; no son de dolor, son de placer; porque me has dicho que me quieres como yo á tí! Es preciso que yo me retire. Adios.

SOFIA. No, al contrario. Usted debe quedarse aquí, á mi lado; yo necesito las caricias de mi madre... por qué otra separacion?

CAM. Porque nadie debe verme á tu lado, yo te perjudicaría! ¿Por qué me separé de tí? Ahora es preciso salvarte. Llama á monsieur Avertin.

SOFIA. Á él sólo?

CAM. Sí... no hay tiempo que perder.

SOFIA. Ahora mismo. (Llama con la campanilla. Sale un criado á quien dice Sofía.) Diga usted á monsieur Avertin, que tenga la bondad de venir al momento.

CRIADO. Está muy bien.

SOFIA. Qué vas á hacer?

CAM. Mi deber. Descargar mi conciencia del peso que ahora me oprime y me mata.

ESCENA XI.

DICHAS, MR. AVERTIN.

CAM. Monsieur Avertin, es preciso deshacer todo lo hecho hasta aquí.

AVERTIN. Imposible!

CAM. Todo cuanto yo he dicho es falso, y estoy en mi derecho confesando la verdad.

AVERTIN. No basta, señora, decir esto de palabra, sino por escrito, y entónces será usted acusada por el delito de calumnia é injuria... y el código civil está terminante en este punto. Tema usted una prision.

CAM. Qué me importa eso? Lo que yo deseo es que mi hija se salve.

SOFIA. Madre mia!...

AVERTIN. Pero, y el señor Cabañol?

CAM. Dirá... es necesario que diga la verdad.

AVERTIN. Yo creo que esto le desagradará.

CAM. Y qué me importa?

AVERTIN. Pero ese hombre nos estorbará mucho. Si se le pudiera hacer salir de París, su fuga seria una confesion tácita.

CAM. Partirá.—Yo le obligaré á que vuelva á servir en el extranjero, como otra vez lo ha hecho.

AVERTIN. Ha servido como militar en un ejército extranjero?

CAM. Sí.

AVERTIN. Dónde.

CAM. En el ejército ruso.

AVERTIN. En tiempo de la guerra de Crimea?

CAM. Sí, pero por qué esas preguntas?

AVERTIN. Nada, nada... y diga usted, él se alistó en el ejército ruso sin autorizacion del gobierno francés?

CAM. Sí.

AVERTIN. Y ni el ministro de la guerra, ni nadie ha sabido?...

CAM. Nada!

AVERTIN. Entónces, descuide usted; se logrará lo que se desea.

ESCENA XII.

DICHOS, CÁRLOS, el CONDE, LUIS, CABAÑOL y el NOTARIO.

CAB. Ya es hora de acabar este asunto.—Camila, recoge á tu hija.

AVERTIN. Señor vizconde, quédese usted con su hija!... El matrimonio de este señor, es nulo.

TODOS. Cómo!...

AVERTIN. Artículo segundo del códido civil: Todo francés que sin la autorizacion del emperador, tome servicio en el extranjero, pierde su cualidad de francés. Artículo venticinco: Los condenados á estas penas, perderán todos sus derechos civiles, quedando incapacitados de contraer matrimonio que produzca ningun efecto civil. Artículo ventiseis: Todo matrimonio que hubiera contratado, será nulo, etc., etc.

CAB. Usted se equivoca, señor abogado; yo no estoy en ese caso.

AVERTIN. Escoja usted: ó sufrir los efectos de una denuncia que nosotros haremos á los tribunales, apoyados en una declaracion, y por la cual será preso inmediatamente, ó ausentarse del pais... que es lo que le aconsejo haga pronto.

CAB. Me acojo al último dictámen de la ley.

AVERTIN. Hace usted bien.

CAB. Camila... Salgamos de aquí.

CAM. Caballero, aléjese usted.

CAB. Qué dices?

AVERTIN. Le aconsejo que no pierda tiempo en ausentarse. Si hay contumacia, la ley...

CARLOS. Su presencia de usted aquí...

CAB. Me voy... no pierdo la esperanza de vengarme.

CONDE. Infame! procure usted no caer entre mis manos, porque (Á Cabañol) saldria usted de ellas muy mal parado.

AVERTIN. Usted, señora, puede permanecer aquí. (Á Camila.) Me retiro. Los asuntos de familia se resuelven privadamente. Nosotros estamos de más... señores... (Saludan-

do. Á Cárlos.) Creo no estará arrepentido de haberme tratado, y no olvidará usted las señas de su habitacion: Chavanais, once, tercero derecha. (El Notario y Cabañol se van.)

CARLOS. No se hará esperar mi visita.

ESCENA XIII.

SOFIA, CAMILA, CARLOS, CONDE, LUIS.

SOFIA. Madre mia! (La abraza.)

CAM. Hija querida! Cárlos; grande es mi culpa!... grande será tambien la expiacion! El retiro, la soledad, traerán á mi mente el triste recuerdo de mis errores, la imágen de una hija amada, á quien no tengo derecho de abrazar, serán tormentos roedores que apagarán lentamente una existencia lacerada por irremediables extravíos!

SOFIA. Irremediables!

CAM. Sí, hija mia! Deja que alejada de tí, y á solas con el severo tribunal de mi conciencia, haga votos al cielo para una reparacion. (Dirigiéndose á Luis y al Conde.) Adios, Cárlos... adios, hija mia, adios!... Si alguna vez llega á tu noticia el refugio de Camila, remite para ella el suspiro más hondo de tu corazon... Si los ángeles ruegan, la pureza de sus acentos conmueve y purifica. Acaso entónces...

SOFIA. La escuchais? (Á Cárlos y al Conde.)

CARLOS. (Interponiéndose con dignidad.) Esas palabras, son desgarradoras. El verdadero arrepentimiento interesa á toda alma generosa. Auséntese usted con la conviccion de que algun dia la perdonaremos...

CAM. Esa esperanza me dará fuerzas. Ese será mi único consuelo. Adios. Adios!...

SOFIA. Dónde hallar alivio á mi profunda pena?

CARLOS. Aquí; en los brazos de tu padre. (Abrazándola.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J. Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

321

3 0112 117454865